



que se cumpliera este juicio; Nabucodonosor tenía á sus piés toda la Asia occidental. Ultimamente se vió al pueblo judío cargado de cadenas y llevado cautivo á Babilonia.

Esta porcion de tierra fenicia no era capaz de sostenerse aislada; pero sometiéndose Sidon y abriendo sus puertas las otras ciudades, Tiro podía desafiar al conquistador (1).

El Señor había dicho por boca de su profeta Ezequiel: «Enviaré contra tí el rey Nabucodonosor, el rey de los reyes, con sus caballos y sus carros. Él levantará torres de madera, murallas de tierra, y dará muerte á sus carneros.» En trece años, la Asiria no perdonó ni estratagemas, ni trabajos, ni asaltos; el soldado no tenía reposo; en su ejército, todos los soldados tuvieron mucho que sufrir, hasta el punto que todos se quedaron calvos.» La constancia era la misma; el valor era furioso; la voluntad de Dios se cumplió.

(1) Filostrato; Josefo, *Antigüedades judáicas*, libro X; Strabon.

Un recurso quedaba á los tirios: se acordaron de su naturaleza anfibia, y quedó anegada en ella. Abandonaron el continente, y embarcando sus riquezas, pasaron á su isla. La ciudad únicamente quedaba expuesta al furor de los enemigos; Nabucodonosor, al entrar en sus palacios desiertos, los hizo destruir de desesperacion hasta la última piedra, arrojándolos literalmente al mar.

Tal era la profecía: este golpe servia de prueba terrible á los fenicios; fué bastante rudo para matarlo todo, inclusa la dignidad real.

Pero frente á la Tiro, desolada y destruida, levántase otra Tiro, libre de las armas asirias, y cuyo esfuerzo desprecia. Colocada en medio de las aguas, sobre una roca, la nueva ciudad, y rompiendo toda clase de lazos con el continente, era una capital marítima; se levantaba para ser reina y señora en el seno de las aguas.

Hé aquí las nuevas y curiosas investigaciones recogidas sobre la Fenicia, de la erudita obra, ya citada, de Riancey.

CAPITULO XIII

Africa septentrional.—Cartago.—Orígenes.—Fundacion de Cartago.—Didon.—Religion de Cartago.—Conquistas de Cartago en Africa.—Gobierno de Cartago.—Relaciones de Tiro con Cartago.—Los cartagineses en Europa.—Destino del Africa septentrional.

Cartago, la «hija de Tiro,» jugó un papel tan importante en la escena del mundo, que se hace necesario estudiarla desde su origen. No la separaremos de la Fenicia. Dividiremos su existencia en tres períodos: se engrandece bajo las influencias de Tiro; pasa á la Sicilia, y lucha contra el sistema helénico; por último pelea contra un terrible campeón, el pueblo romano.

Los orígenes de la nueva ciudad están llenos de interés, porque con sus navíos y con sus ejércitos, la ciudad que así se prepara, podrá sostener más tarde sus luchas con Roma, en el Occidente la lucha eterna de mundo á mundo, poniendo en peligro en Oriente á los esclavos de Jerjes y á los soldados de Leonidas, de Milciades y de Temistocles.

Es un destino comun á casi todas las potencias comerciales y marítimas, verse tarde ó temprano reemplazadas por una de sus colonias, que las debilita y las despoja poco á poco de su importancia, y por último se apodera de sus dominios. Así sucede en Fenicia tambien: Tiro habia sucedido á la magnífica Sidon, á la ciudad sin igual. Esta subsistió despues, pero sin conservar este carácter de riqueza y de esplendor que en la época anterior á la institucion de la dignidad real judía la daba á conocer por la soberana del Asia marítima. Tiro á su vez, conservando una influencia superior á la de Sidon, vió tambien pasar á una ciudad que ella habia fundado una parte del comercio, y por consiguiente de su grandeza.

Ella habia instalado sus colonias y sus factorías á lo largo de las costas del Mediterraneo, y estas le fueron fieles por largo tiempo. Pero los establecimientos fenicios de Córcega,

Sicilia y España, separados por los vastos mares, no podrian estar unidos por lazos muy íntimos con la metrópoli. Una dominacion pacífica y diseminada como la suya, era muy débil. Sucedia á veces que los colonos que afluan á alguna plaza comercial, atraídos ora por las ventajas del lugar, ora por la suavidad de su clima, concluian por hacer de esta plaza el centro de un verdadero estado que debia gozar de una completa independencia. Esto es lo que sucedió en España, y esto es tambien lo que sucedió en la costa de Africa.

La historia bastante fabulosa de Elisa, de Didon la *muy amada*, segun se cuenta, se embarcó con sus tesoros para huir de Pigmaleon, el asesino de su esposa. Sicarbas, gran sacerdote de Vulcano, parece probar, por otra parte, que los cálculos de interés mercantil no fueron siempre las únicas causas de la fundacion de las colonias fenicias. Entre los tirios, durante las turbaciones políticas, estaba abierto el mar á las naves de los vencidos, como durante la paz lo estaba á las naves de los comerciantes. Ya de largo tiempo atrás estaban cubiertas las costas de España y de Africa de establecimientos tirios y sidonios. Útica y Gades existian tres siglos, próximamente, antes de Cartago; Byrsa, que fué más tarde su ciudadela, fué edificada en 904, y por último, hácia los 883 (1), poco más de un siglo antes de la fundacion de Roma, se edificó Cartago, y fué habitada por los que acompañaron á Dido. Zoruf y Carquedon se cree fueron los primeros pobladores (2). Tiempo há que se tachó á Virgi-

(1) Es opinion de Apiano y de San Jerónimo. Guillermin, *op. cit.*

(2) *Arte de comprobar las fechas.*



lio el anacronismo de cuatro siglos, ante el cual no quiso retroceder por hacer á su héroe un poco ménos interesante, y á su poema mucho más agradable á la vanidad nacional.

Sábese ya la tradicion bastante característica relativa á Birsa. Los habitantes de la costa habian vendido á los navegantes que arribaban al interior de un gran golfo, entre Bue al E., y Zebib al O., precisamente el lugar que una piel de buey (Birsa) podría medir; los fenicios cortaron el cuero en tiras estrechas y se hicieron dueños de un territorio bastante considerable. Los romanos, que robaron las mujeres de sus vecinos, echaron en cara más tarde á los cartagineses, como si se tratara de un crimen, el haber así engañado á los antiguos del Africa. Aquí quizá tenga origen la injuria de la *fe púnica*. Otro hecho, también tradicional, es que haciendo las excavaciones para colocar los cimientos de Cartago, hallaron una cabeza de caballo y una rama de palma. Aún hoy se descubren cerca de Argel y de Túnez medallas cartaginesas que tienen la cabeza de caballo ó un caballo debajo de una palma (2). No se dudó que semejante circunstancia no fuera de buen augurio; sin embargo, el cráneo humano encontrado en las excavaciones hechas para construir el Capitolio, era de más valor, y así fué reconocido desde luego.

Sea lo que quiera de estas relaciones, se ve al fin una gran ciudad edificada en el extremo de una península unida al continente por un istmo de una extensión próximamente de una legua. Ofrece la ciudad dos puertas á los navíos de guerra y mercantes, defendida por el mar y guarnecida con una simple muralla, mientras que por la parte del continente estaba construida la ciudadela Byrsa, defendida por tres series de murallas, y colocada entre Útica y Gades, como la futura soberana de estas colonias del litoral, Vacca, Bulla, Sicca y Zama. Es verdad que tuvo necesidad de luchar en un principio contra las pequeñas tribus africanas y de la Numidia, que antes de tomarles como ejército mercenario se sirvieron para combatirles

(2) *Memorias de la Academia de las Inscripciones y Bellas Letras.*

rudamente. El gigante Farbas, jefe de las poblaciones indígenas, hubiera deseado quedar unida á esta ciudad tan levantada que se elevaba sobre el Mediterráneo, y como que estaba anunciando su gloria; la liga era peligrosa, puesto que Dido se vió obligada á quemarse. Una paciencia constante venció, sin embargo, la resistencia. Fueron sujetados los enemigos, y amarrados con cadenas de oro abandonados á su dolor. Sólo las tribus del Oeste conservaron la independencia de la vida nómada que les permitía suministrar mercenarios y no el reconocerse súbditos, mientras que las tribus del E. aceptaron las leyes, las costumbres, la lengua misma de los extranjeros, hasta el punto de llegar á ser libio-fenicios.

Los fenicios, *Pani* ó *Puni*, se endurecieron por medio de los combates en el suelo africano. Nunca perderán ellos los rasgos característicos que hacen reconocer la metrópoli de una colonia; siempre conservarán los mismos dioses, los héroes y los genios; despues de los caviras encontraremos en ellos las divinidades de mar y cielo, y á Baal, á Astartés, á Hércules y á Mercarte y Marvate. Harán pasar á sus hijos por el fuego en honor de Moloc, al ruido de los tambores y címbalos, á la vista de las madres, que no derramarán siquiera una lágrima. Sólo habrá ricos, que por contravenir á la religion y por temor de atraer sobre sí la peste y e hambre, comprarán y sacrificarán niños pobres por salvar á los propios. Sucede lo que en Tiro. Todos los años se enviarán á los templos de la madre patria presentes y tributos. Ya Cartago se distinguía de una manera especial de las demás ciudades de la Fenicia; su clima y su suelo eran mucho mejores.

No hay vida en Africa sino en las costas del Norte y del Este; en ellas hay abundancia y fertilidad. No sucede lo propio en el gran desierto, en las inmensas llanuras cubiertas de arenas, que no dejando entre ellas más que la Etiopia y el Egipto, extienden su océano de fuego entre la Libia y la Arabia y separan á los dos continentes. No es como en los países montañosos atravesados por las cordilleras del Atlas, que admiran al mundo, país fecundo en animales feroces. Los griegos no le conocían por

otro nombre; los árabes le llamaban el país de los dátiles (*Bileduljerid*).

En el fondo del desierto de Sara, que sirve de paso á las caravanas con peligro de muerte, así como también en el fondo de las montañas, en donde los *beduinos* asientan todavía sus tiendas, como en otro tiempo las tribus africanas, es donde reinan el misterio, la oscuridad y las tinieblas.

Pero el Africa del N. y del E. se presta maravillosamente á la civilizacion y á la colonizacion; los cartagineses fueron un pueblo agrícola, en parte comercial. Cuando se penetra en su territorio, queda el observador encantado del aspecto de aquellos hermosos jardines, regados por numerosos canales; de aquellos campos plantados de viñas, olivos y de árboles frutales; de aquellas praderas donde pastaban infinidad de rebaños de ovejas y de bueyes; de aquellos magníficos puertos donde se encontraban reunidos los caballos de la Numidia; y por último, de aquellas ricas casas de campo, en las que por doquiera brillaba el lujo y el gusto (1). Por desgracia para ellos, fué esta riqueza una necesidad y una pasión. No les basta el comercio pacífico, como á los fenicios; se ven obligados á acudir con el concurso de la fuerza y emplear esta para el engrandecimiento y el dominio. Su comercio será, pues, armado, y ellos ambicionarán el imperio del mar y la dominacion de los continentes. No se contentarán con custodiar sus murallas, enviarán á las conquistas á sus mercenarios; necesario es también reconocer que estas conquistas no serán más que un comercio, cuya moneda corriente será la sangre de sus asalariadas tropas.

No debemos olvidar en toda esta historia la avidez de los cartagineses y la avidez de lucro, que no podían apagar, ni el comercio; ni la agricultura, ni la guerra. Además, la antigüedad era poco escrupulosa en el empleo de los medios. Veamos una prueba en los cartagineses. Sabemos cómo estos lograron adquirir un pequeño territorio; sus límites debían ser muy vagos. En una contienda con Cyrene, cuyas fronteras tocaban á las suyas, determinaron fijar los límites de sus territorios de comun

(1) Diodoro.



acuerdo, dejando la resolución de la competencia á aquellos de los jóvenes de ambos bandos que corriese más. Este combate era ménos peligroso que el de los Horacios y Curacios. La traicion que hizo el vencedor tampoco fué análoga: los emisarios de Cartago partieron antes del momento señalado. Descubierta la astucia, que no fué negada, los filenos consintieron, de grado ó por fuerza, en dejarse enterrar vivos sobre la línea que habian trazado. El altar de perfidia y de bárbara ambicion que habian levantado sobre la tumba, hacia comprender á todos que Cartago sabía usurpar y consagrar sus usurpaciones por toda clase de sacrificios. Hé aquí la tradicion. Una observacion digna de tenerse en cuenta, es que la historia de los cartagineses vencidos no nos ha sido transmitida en gran parte sino por los romanos vencedores, y por tanto puede aquí aplicarse aquella máxima de *Va victis!* (1). Conste que la fe romana era, al ménos, tan falaz como la *fe púnica*, lo que no puede servir, en manera alguna, para hacer el elogio de esta.

Si los historiadores romanos exageraron la perfidia cartaginense, los más sábios de la Grecia, al frente de los cuales se halla Aristóteles, consideran el gobierno de Cartago como modelo de gobiernos. Sin embargo, este gobierno sufrió muchas modificaciones, como en las ciudades fenicias. Entregada en un principio á los reyes, pasó luego á otras manos; entonces se mezclaron los elementos oligárquicos, aristocráticos y democráticos. Verdad es que el pueblo pobre no pesaba mucho en la balanza, donde el oro lo era todo (2). El ratificaba las decisiones de los otros cuerpos: los «círculos políticos» (3), bolsas y clubs de Cartago, no existían para él. La autoridad residía en el «senado» y los dos «suffetas.»

Para llegar al Senado era necesaria la elec-

(1) Montesquieu ha sido de esta opinion. (*Poder y decadencia de los romanos.*)

(2) Se piensa en Cartago, dice Aristóteles, que aquel que ejerce un cargo público debe tener, no sólo grandes cualidades, si que también grandes riquezas.

(3) Estos círculos ó reuniones políticas se celebraban por la noche y terminaban ordinariamente con banquetes; los historiadores griegos las llaman *sys-sities*.



ción; pero los sufragios se vendían. De hecho, la corrupción era la base necesaria del sistema, y desde que cada hombre en la ciudad era apreciado en razón de sus riquezas, el mejor senador era el que podía comprar más cara su plaza.

Este senado, *Syncretos* ó *Sanedrin*, dividido en muchas secciones, una de las cuales, comisión de estado, ó gran consejo, conocida con el nombre de *Serúsia*, «calculaba, como dice Polibio, lo que podía costar la guerra á Cartago, y lo que la produciría.» Realmente esto no era más que un cálculo de probabilidades entre el éxito de la victoria y el precio de los soldados. Los dos suffetas, elegidos vitaliciamente de entre las más poderosas familias, se asemejaban bastante á los dos cónsules vitalicios, ó mejor á los dos reyes de Esparta. El tribunal de los Ciento hubiera podido corresponder al tribunal de los Eforos, si no hubiera disminuido su poder el número de los jueces. Su misión era reprimir á la familia de *Magon*, y condenar á los generales culpables (1).

Se ignora cuándo y cómo se verificaron estas modificaciones en el antiguo gobierno de Cartago. Se conocen mejor la época y las causas de la separación total de Cartago y la madre patria. La colonia, dominando todas las ciudades vecinas, se había hecho muy poderosa para que continuara viviendo dependiente, y si hasta el fin consideró á Tiro como á su metrópoli religiosa y la envió presentes, era al templo de Hércules á quien ella los dirigía. Los tirios, por su parte, no hicieron nada para retenerlos bajo su obediencia; no querían reinar por la fuerza, y quizá no creyeron ellos que su comercio se hallaba tan comprometido en este asunto como lo estaba en realidad.

(1) «La familia de Magon, dice Justino, amenazando la libertad con su excesivo poder, eligió entre los senadores cien jueces encargados de examinar la conducta de los generales, para que estos no se condujeran de modo que pusieran en peligro las leyes y los tribunales del país.» «Semejante tribunal, prosigue Heeren, está conforme en un todo con el espíritu de una república aristocrática, en que la policía es el principal sosten del gobierno; pero degeneró muy pronto en espionaje y tiranía, como el Consejo de los Diez en Venecia.» Guillemin, *Historia antigua del Oriente*, pág. 270.

Por otra parte, mientras Nabucodonosor sitiaba sus muros, ellos enviaron al Africa numerosas colonias, que fueron recibidas y acogidas con muestras de afecto (591).

Libre Cartago, bañada por el mar como Tiro, pronto sería dueña del Mediterráneo en el Occidente, como lo era la Fenicia en el Oriente. Estaba para enviar sus buques de guerra á los países donde los fenicios se habían presentado como navegantes pacíficos. Esto ocurre al mismo tiempo que Ciro entraba vencedor en Babilonia; su primer suffeta conocido, *Machée* ó Malchus, sujetó las últimas poblaciones africanas, y apareciendo en los mares de Italia, consiguieron, con el auxilio de los Etruscos, su primera victoria sobre los corsos (543-536).

El Africa entra, pues, en relación con la Europa, y no se la excluirá por completo de la historia. Por las costas del norte y del este es por donde se asociará al movimiento general de los pueblos; por conseguir esto trabaja, por conseguir esto vive. En los tiempos anteriores al cristianismo, combate á los griegos y á los romanos, y su ambición constante es dominar en Sicilia. Después, cuando queda reducida á provincia romana, se confunde, sin rebelarse contra su suerte, en el gran imperio occidental. Pero cuando principalmente se confunde es cuando una religión divina, descendiendo del Calvario, viene á reunir las naciones y abraza con amor la nueva fe. Este cristianismo del Africa, tan brillante de espíritu, tan próspero, tan rico en virtudes y gloria, caerá ciertamente bajo el yugo infiel; pero no se rompieron todos los lazos, aunque la barbárie otomana se estableció allí entonces y reunió sus piratas; porque ella debe ser siempre europea y cristiana, dada su ventajosa posición. San Luis murió sobre las ruinas de Cartago, y todos los príncipes cristianos vendrán sucesivamente á esta tierra esclava, á bautizarla en la fe y en la civilización.

La antigua y noble y cristiana España bajo Cisneros primero, y más tarde á la mitad del siglo XIX, implantará su cruz y su bandera en esta tierra, cuya historia recorreremos, si bien la España revolucionaria no ha sabido realizar la idea civilizadora en Africa.

CAPÍTULO XIV

Asia Occidental.—Siria (Aram).—Los Arameos: país, población, culto.—Los reinos de Siria.—Reino de Damasco.—Comercio.—La Siria y los Egipcios.—La Siria y los reyes de Palestina.—Hazael.—La Siria y los asirios

El nombre de Siria se extendía en la antigüedad á las provincias del Asia Occidental. Hemos dicho que para hablar con propiedad, la Fenicia no era más que la *Siria* de la costa; la Mesopotamia se llamaba la *Siria de las riberas*. La *Siria* propiamente dicha estaba comprendida entre el Eufrates, el Tauro, los desiertos de la Arabia y el mar (1).

La población comerciante y guerrera de este país revela su origen por su mismo nombre; este es el pueblo de los Arameos, y su patria se llama Aram. Aquí, en este país, es donde una raza semítica se atribuye el honor de descender de Aram, hijo del bienaventurado patriarca.

Como quiera que sea, los arameos llevaron consigo las tradiciones y el culto de Babilonia. Adoraban desde un principio una especie de religión suprema, los astros y todos los cuerpos de «la milicia celestial»; después rindieron culto y homenaje á los «señores del cielo» *Baal* y *Astarte*; por último, y según la costumbre de los babilonios, colocaban en los altares á sus principales divinidades (2).

Se recuerda que la tradición coloca en Siria el nacimiento de Semiramis, hija de Derceto. Este recuerdo, á pesar de ser fabuloso, tiene sin embargo importancia histórica, puesto que presenta á la Siria sometida al imperio más antiguo de los asirios. Esto tiene más valor que

la tradición griega, que considera como padre de los asirios á Siro, hijo de Apolo (1).

Esta supremacía de los asirios no fué constante, y libres de toda imposición extranjera, los sirios vivieron independientes. Su gobierno era casi patriarcal y federativo. Su vasto territorio estaba dividido en pequeños reinos, principados, y en medio de esta multitud de Estados insignificantes se levantaban grandes y florecientes ciudades. Se habla de los reyes de Sofa, de Emat, de Damasco y de Gessur. Los débiles, unidos entre sí, se asociaban á los más fuertes, y casi siempre los jefes de Damasco ó de Sobah se hallaban á la cabeza de la Siria, como Tiro ó Sidon tomaban el título de capital de la Fenicia (2). Un tributo en tiempo de paz, auxilios durante la guerra, hé aquí poco más ó menos las relaciones de sumisión de los jefes secundarios al rey principal: para formarse una idea de lo que eran estos reyes subalternos, bastará saber que Ben-Hadad envió treinta y dos á custodiar los carros y bagajes de su ejército (3).

La Palestina confina á la vez con la Siria marítima ó Fenicia al Nord-Este, con la Siria interior al Oriente. En tanto que la Fenicia, colocada sobre la costa extrema del Asia, de quien parece estar separada por sus montañas, dirige la vista á su comercio marítimo, y pide

(1) Plutarco da este origen: de Dea Syra.

(2) Heeren, *Política y comercio*; Des Vignoles, *crónología de la historia santa*.

(3) II de los Reyes, cap. III. Paralipomenos; siempre que tratan de las guerras de Siria, les presentan con el mismo carácter.

(1) Danville, *Geografía antigua; Arte de comprobar las fechas*, t. II.

(2) Heeren, *op. cit.*; Creucer, *Religiones de la antigüedad*.